

Autobiografía

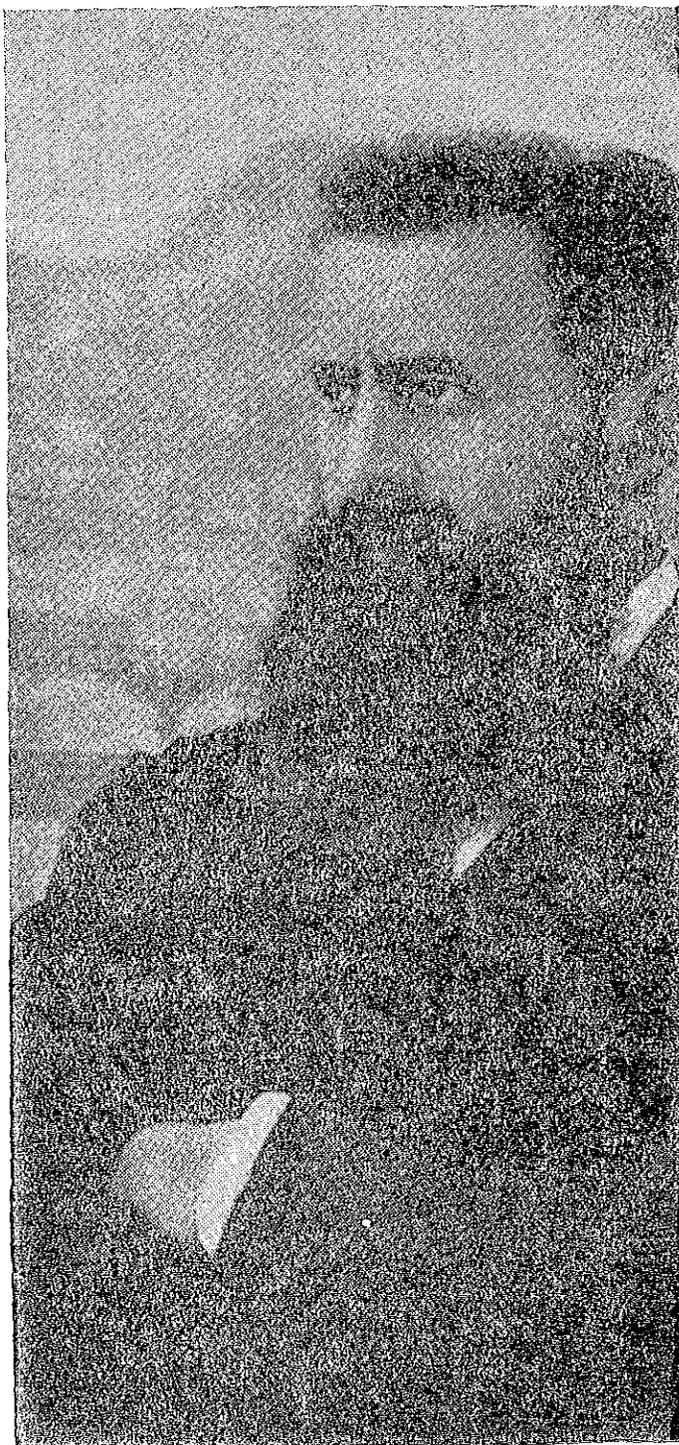
de

Herzl

Nací en 1860 en Budapest, cerca de la sinagoga donde hace poco me reprendió el rabino muy severamente por el empeño con que trato de conseguir que los judíos sean tenidos en mayor estima y gocen de más libertad que ahora. Pero en la puerta de la casa en la que vine al mundo, situada en la Tabakgasse, habrá, de aquí a veinte años, un papel en el que está escrito **Se alquila**

No puedo negar haber frecuentado la escuela. Al principio, me enviaron a una escuela primaria hebrea, donde se me trataba con cierta consideración, ya que mi padre era un comerciante acomodado. Entre los primeros recuerdos de esta escuela, se me presentan las palizas que recibí porque no sabía los pormenores del éxodo de los hebreos del Egipto. Hoy, muchos profesores quisieran pegarme porque me acuerdo demasiado a menudo de aquel éxodo. A la edad de diez años pasé a una escuela real, donde, al contrario de los Institutos de orientación clásica, se da preferencia a las ciencias modernas. Por aquel entonces, el hombre del día era Lesseps, y yo concebí el plan de abrir un canal a través del otro istmo, el de Panamá. Mas bien pronto se me pasó la afición a los logaritmos y a la trigonometría, debido a que en la escuela real había llegado a imponerse una tendencia marcadamente antisemita. Uno de nuestros profesores explicó la significación de la palabra "gentiles" de la siguiente manera: "A éstos pertenecen los idólatras, los mahometanos y los judíos". Esta definición extraña fué para mí motivo para salir de la escuela real. Resolví inscribirme en una escuela de enseñanza clásica. Como mi padre nunca me imponía restricciones en lo tocante a los estudios, ingresé a un Instituto. Ello no obstante, el plan del canal de Panamá no quedaba relegado al olvido. Muchos años después, durante mi permanencia en París como corresponsal del diario **Neue Freie Presse** de Viena, tuve que escribir sobre las maniobras que condujeron a aquel episodio escandaloso en la historia de Francia.

En el Instituto Evangélico constituían mayoría los judíos, y por lo mismo no teníamos que quejarnos de manifestaciones de antisemitismo. En el séptimo curso escribí mi primer artículo periodístico; no lo firmé, porque de haberlo hecho habría sido condenado a reclusión escolar. Durante el último curso murió mi única



hermana, a los dieciocho años de edad. Mi padre que dó preso de aflicción y tristeza tan profundas que e 1878 nos fuimos a vivir a Viena.

En la semana de luto fué a vernos el rabino Kohr. Me preguntó qué proyectos tenía para el porvenir. I contesté que deseaba ser escritor, a lo cual el rabino

mené la cabeza en señal de desaprobación, del mismo modo que, más tarde, condené el sionismo. La carrera de escritor no es una profesión propiamente dicha, concluyó el rabino manifestando su disconformidad.

En Viena empecé a cursar Derecho. Tomaba parte en todas las travesuras estudiantiles, luciendo la gorra de mi asociación, hasta que el día menos pensado, ésta resolvió cerrar las admisiones de nuevos socios judíos. A los que ya estaban admitidos se les dijo, con mucha amabilidad, que no tenían que darse de baja. Me despedí de aquellos jóvenes generosos, y me puse a estudiar seriamente. En 1884 me gradué de doctor en Derecho. Bajo las órdenes de un juez me inicié en la práctica forense. Actué, en calidad de empleado sin sueldo, en los Tribunales de Viena y de Salzburgo. El trabajo me parecía más interesante en Salzburgo; como se sabe, esta ciudad se halla rodeada de un escenario particularmente hermoso. La oficina en que trabajaba estaba situada en un viejo torreón, precisamente por debajo del campanario, y tres veces al día sus vibraciones me herían los tímpanos.

Se comprende que escribiera más para el teatro que para el tribunal. En Salzburgo pasé algunas de las horas más felices de mi vida. Deseaba poder fijar mi residencia en esa hermosa ciudad; pero siendo judío, nunca habría sido ascendido a juez. Por eso, me fuí de Salzburgo y abandoné, al mismo tiempo, la jurisprudencia.

Causé otro gran disgusto al rabino de Budapest: en lugar de abrazar una profesión seria o de procurarme un empleo, empecé a viajar y a escribir para periódicos, a la vez que a componer obras teatrales. Muchas de mis piezas fueron estrenadas en varios teatros; unas alcanzaron éxitos ruidosos, otras no gustaron. La diversidad de criterio con que mis piezas eran acogidas me enseñó a no hacer caso ni de los aplausos ni de las silbas. Tenemos que satisfacer a nuestros propios gustos: todo lo demás no importa. Actualmente, desecho cuantas piezas tengo escritas, hasta las que todavía son aplaudidas en el **Burgtheater** de Viena; ya no me interesan.

Me casé en 1889. Tengo tres hijos, un varón y dos mujeres. Creo que mis hijos no son feos ni tontos. Pero puede ser que esté equivocado.

Durante mi viaje por España, en 1891, el diario **Neue Freie Presse** de Viena me ofreció el puesto de corresponsal en París. Acepté, si bien hasta entonces había menospreciado y detestado la política. En París llegué a saber lo que generalmente se entiende por política, y manifesté mis pensamientos sobre el particular en mi librito intitulado **Le Palais Bourbon**. En 1895 regresé a Viena.

En el curso de los dos últimos meses de mi permanencia en París, escribí **El Estado judío**, libro al que debo el honor de haberseme pedido por parte de ustedes algunos datos biográficos de mi humilde persona. No me acuerdo de haber escrito nada en un estado de tan solemne emoción. Heine dice que al componer ciertos versos oyó un batir de alas de águila por encima de su cabeza. Yo también, cuando escribía aquel libro, creía sentir algo como un batir de alas por sobre mi cabeza. Trabajaba en él todos los días, hasta quedar exhausto; mi único recreo consistía en escuchar por las noches música de Wagner, particularmente su **Tannhauser**, ópe-

ra que acudía a oír cuantas veces era puesta en ejecución. Sólo las noches que no había función, me sentía invadido de dudas sobre si mis ideas eran acertadas.

Al principio pensaba hacer circular mi opúsculo sobre la solución del problema judío exclusivamente entre mis amigos. Sólo más tarde me vino la idea de dar a la publicidad mis opiniones; no tenía la intención de iniciar una propaganda personal en pro de la causa judía. La mayoría de los lectores quedarán sorprendidos al enterarse de esta resistencia inicial. Me parecía que aquella causa exigía acciones, y no disputas. La propaganda en público no sería sino el último recurso, en el caso de no escucharse o de no seguir mi consejo amistoso.

Terminado el libro, rogué a uno de mis mejores amigos que leyese el manuscrito. Durante la lectura rompí en sollozos, repentinamente. La emoción me pareció muy natural en un judío; yo también había llorado algunas veces en el curso del trabajo. Pero me quedé consternado cuando mi amigo me dijo que lloraba por otro motivo muy distinto. Creía que yo me había vuelto loco, y como era amigo mío, se acongojó tanto por mi desventura. Salí corriendo sin decir nada más. Tras una noche pasada en desvelo, volví y me insté a que desistiera de mis designios, puesto que todo el mundo me calificaría de demente. Estaba tan alarmado, que yo se lo prometí todo para calmarlo. Luego me aconsejé consultar a Max Nordau sobre si mi plan era el de un hombre en pleno goce de sus facultades mentales. "No consultaré a nadie —le contesté—; dada la impresión que mis ideas producen a un amigo inteligente y fiel, desistiré de mi propósito."

Hube de atravesar por una crisis muy grave, que sólo es comparable a lo que ocurre al arrojar al agua fría un cuerpo puesto al rojo. Pero si el cuerpo es de hierro se convierte en acero.

El amigo de quien acabo de hablar tenía que sumar mis gastos de telegramas. Al presentarme la cuenta, que constaba de largas columnas de sumandos, noté a primera vista que la operación no era exacta. Se lo advertí, y volví a hacer la adición; pero sólo habiendo repetido la operación tres o cuatro veces, obtuve las mismas sumas que yo. Este hecho, en sí de poca importancia, me devolvió la confianza en mí mismo. Puesto que sabía calcular mejor que él, no debía de haber perdido la razón.

Aquel mismo día empecé a preocuparme por el Estado judío. En el curso de los dos y más años siguientes, pasé muchísimos días de gran tristeza, y temo que haya más días tristes. En 1895 principié a confiar muchas cosas a mi diario, y van ya cuatro tomos voluminosos. Cuando los publique, si es que lo hago, el mundo quedará sorprendido al saber cuánto tuve que tragarme, quiénes se opusieron a mi plan y quiénes me ayudaron.

Pero lo cierto es —y no cabe la menor duda— que el movimiento seguirá progresando. No sé cuándo moriré, pero sí que nunca morirá el sionismo. Desde los días de Basilea, el pueblo judío ha vuelto a tener una representación nacional; esto quiere decir que el Estado judío nacerá en su propio país. Actualmente, trato de conseguir la fundación del Banco, y espero que éste será un triunfo igual al obtenido con el Congreso.